

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 828 Jueves 23 de Noviembre de 2023

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Esto es una equivocación, y los muros más**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Amnistiarse a sí mismos**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **La conjura de los cínicos**, *Fernando Savater*
- ✚ **Así empezó el sanchismo**, *Joaquín Leguina*
- ✚ **Una declaración de guerra a media España**, *Jesús Cacho*
- ✚ **Miles de personas acuden a la manifestación contra la amnistía**, *El Debate*
- ✚ **No es una dictadura, estúpidos**, *Juan Manuel de Prada*
- ✚ **Un pueblo, antaño indomable, que trata de resurgir**, *Juan Antonio Ruiz de la Hermosa*

Esto es una equivocación, y los muros más

Emilio Álvarez Frías

Se lo dijo Núñez Feijóo a Pedro Sánchez en el Parlamento en el momento de felicitarle por haber asaltado de nuevo la Moncloa para aposentarse en el sillón que allí se conserva para uso del presidente del Gobierno. No creo que le felicitará con parabienes. No se le oyó. Ni pienso que llevaba intención. Simplemente le dijo «esto es una equivocación». Es lo mismo que más o menos pensaban en ese momento millones de españoles que no ven con claridad los manejos que Pedro tiene entre manos ni por dónde ha de salir para llegar a alguna solución definitiva y tranquila para el desarrollo de la nación española. Si a ese mal agüero se le agrega la proposición de levantar un muro de cemento para apartar a más del 50% de la población española por ser fascistas o de extrema derecha, la cosa se pone más fea pues, esos emparedados no están



por la labor y se han enfadado saliendo multitudinariamente a la calle a decir a Sánchez que ya están hartos, que no aguantan un pelo, y que harán lo necesario para ponerlo en la calle, esa calle que no le es nada favorable, pues desde hace algún

tiempo, no frecuenta porque lo corren a chorradas. Y no son pocos los que, opinando de una u otra forma, los apoyan; formas que no le son favorable, desde la prensa, desde la tele, desde los muchos mentideros que andan repartidos por toda España, desde cualquier conversación de gente documentada y de otros que no lo son tanto pero que saben cómo quieren vivir en la tranquilidad.

Eduardo García Serrano, en PD, lo describe de la siguiente forma:

La vida política y personal de Pedro Sánchez va a ser un infierno. Este traidor no va a poder poner un pie fuera del coche oficial, porque en el momento en el que se vea rodeado de pueblo y de gente, va a oír lo que se le dice todas las noches en Ferraz. Legítimamente la gente le va a bloquear, a acosar, a abuchear y a decir de todo. Porque nosotros sí pagamos a traidores, le pagamos el sueldo a este canalla, pero los que le pagamos la nómina le escupimos en los zapatos y en la cara cada vez que pone un pie en la calle, y se lo tiene merecido.

Cuando sus cómplices vean que les da demasiado poco le van a traicionar y quedará vendido. Los enemigos interiores de España son peores que los exteriores, y no va a tener un minuto de tranquilidad y eso es lo que le espera a partir de mañana.

Esta sí que es una buena profecía. Y a saber las que sueltan las meigas de Galicia o las brujas de Zugarramundi, que, como dicen los gallegos, haberlas las hay.

Si cayó el muro de Berlín, con todo lo que había detrás, imagino que el muro de Pedro Sánchez será más enclenque que el de Ceuta, el que, a pesar de las medidas de Marlaska, –quien tampoco ha resultado un lumbreras en sus decisiones, pero sí un enemigo de las fuerzas armadas– cuando Mohamed dice que suelten a los africanos que esperan el momento de pasar a España, no soporta un empujón y se las ven canutas la Guardia Civil y la Policía Nacional.



Además, están un tanto encocorados los jueces, los abogados, los empresarios, los médicos, los trabajadores autónomos, los currantes de muchas especies, y casi todas las profesiones que componen la vida activa del país. Y estos se van a manifestar desde su profesión. Los jueces y abogados valorando sus decretos y proyectos de ley, los comerciantes cerrando sus negocios si no pueden soportar los impuestos y la carencia de compradores, los empresarios otro tanto de lo mismo y, a pesar suyo, emigrando a otro país si no ven otra salida, y así una retahíla de gente que, además, saldrá a la calle reclamando un cambio radical.

Pedro Sánchez se ha equivocado. Si en vez de ser un ambicioso del carajo hubiera aprovechado su vena de listillo, habría recogido los papeles y ser él quien emigrara a tomar el sol, junto con Begoña, a un país pequeño y tranquilo, donde quizá, pasando poco tiempo, se podía haber hecho el amo. Y Begoña, dados sus saberes y títulos, sin duda habría encajado en la universidad del lugar como una lumbrera.

Amnistiarse a sí mismos

La amnistía será, en su campo, otra ley del «sólo sí es sí». Entrará en vigor y ya no habrá marcha atrás

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Se ha escrito mucho sobre la amnistía, yo también, cuando era una idea no concretada de Sánchez y casi siempre en relación con su inconstitucionalidad. También tras conocerse el farragoso texto. El magistrado Prego reiteraba el domingo un argumento que alzó al inicio del debate José Manuel Vera Santos, catedrático de Derecho Constitucional: «Si no se entiende definitivo el hecho de que la amnistía no aparezca en la Constitución ¿concluiremos que, al no aparecer la esclavitud, es constitucionalmente válida?». Claro que no. El diputado del Congreso Pedro Muñoz Abrines, de formación jurídica, analizó en un riguroso artículo el texto anotando sus contradicciones y brindis al sol: «Solo desde una interpretación de la Constitución basada en cánones interpretativos no admitidos o nada comunes en nuestro ordenamiento, podría validarse la amnistía». Pero nada, ni las opiniones de clásicos del Derecho como Gimbernat o Aragón Reyes, inquietan a Sánchez. Él a lo suyo, como siempre.

La amnistía será, en su campo, otra ley del «sólo sí es sí». Entrará en vigor y ya no habrá marcha atrás. No dudo que se aprobará y sería tranquilizador que un juez en una acción previa, prejudicial, pidiese la opinión del Tribunal de Justicia de la UE y resultase contraria. Cuando la ley entre en vigor muchos delincuentes se beneficiarán de ella y el daño estará hecho. Golpistas, terroristas, malversadores, corruptos, quienes incendiaron las calles de Cataluña, quienes hirieron a policías y guardias



civiles –a algunos acabando con sus dedicaciones de por vida–, quienes gastaron en su juegucito independentista el dinero de todos los españoles, se irán de rositas. Los amnistiados habrán visto borrados sus delitos. Y los tribunales que les juzgaron o mantenían abiertos sus procesos quedarán desautorizados. Y el propio Rey. Es indicativa la reacción del fugado Puigdemont tras las primeras manifesta-

ciones callejeras; se preguntó: «¿A qué hora sale el Rey a dar su mensaje televisivo ordenando ir “a por ellos”?» Una chulería avalada por Sánchez.

En esta amnistía a la carta me inquietan tanto o más los aspectos morales que los jurídicos.

Es una norma hecha por los propios amnistiados. Una inmoral vergüenza. Rufián, de verborrea rampante, declaró que la mitad del texto asumido por los socialistas lo habían redactado ellos. Y si, según se ha repetido, Conde Pumpido, asesoró en la redacción de la ley, la inmoralidad y el delito estarían servidos. Conde Pumpido no lo negó ni lo afirmó, pero recordemos que no le preocupa mancharse la toga con el polvo del camino. Sería, como poco, un delito de prevaricación. PSOE, Junts, ERC, Sumar y PNV ya preparan Comisiones de Investigación en el Congreso para juzgar la actuación de los jueces. El llamado lawfare. Hacen todo lo que antes negaron.

Mientras, Nicolás González-Cuéllar, catedrático de Derecho Procesal y responsable del Observatorio Permanente de Justicia Civil y Penal Europea, anuncia una querrela

contra el letrado mayor del Congreso, Fernando Galindo, por un delito de prevaricación «si su informe técnico-jurídico es positivo a la norma y a su debate parlamentario». Galindo, que no es aforado, fue nombrado por la manejable Armengol tras mostrarse contrario su antecesor, Carlos Gutiérrez Vicén, a la legalidad de la amnistía; Galindo llega desde la subsecretaría del Ministerio de Política Territorial. Todo queda en casa.

Sánchez declaró sobre la secesión que «ese camino nunca se debió violentar». No entendí sus palabras. Él apoyó la aplicación del 155 en Cataluña, pero acaso fuese un lapsus. O mintió. ¿Entonces o ahora? ¿En las dos ocasiones? La relación de Sánchez con la mentira es tan estrecha que resulta complicado opinar. Tilda de fascistas a los millones de manifestantes en toda España. Todos los españoles que no piensan como él, no le aplauden, no le soban a lo Yoli, no jalean sus decisiones, son fascistas. También los que le impiden salir a la calle sin riesgo de abucheos. Escuché en televisión a un panadero de Andújar que asistía a la manifestación de Cibeles y no me dio la impresión de fascista sino de preocupado. Sánchez aspira a gobernar para los suyos aunque mermen por sus contradicciones y disparates. Acaso no le importe y



sólo quiera gobernar para quienes tiene atados a los escaños por un sueldo. Y para satisfacer su enorme ego patológico.

Lo que Sánchez llama cambiar de opinión no conseguirá que lo dicho no se dijo y que lo hecho no se hizo. Y no habrá olvido porque existen hemerotecas y videotecas y quedarán retratados el personaje y su acompañamiento. Algunos muestran en privado su bo-

chorno pero votan lo que les dice. Tampoco podrán salir a la calle en sus provincias. Como Page no pocos se quedan en el pellizco de monja. Incluyo a González y a Guerra. Y de conseguir la convivencia en Cataluña, nada. Ha enfrentado aún más a los españoles, y entre ellos a los catalanes, por mantener su sillón. Y como el pueblo soberano puede no conocer a fondo la Constitución, Sánchez lesiona a la Monarquía parlamentaria. El Rey, que está bien asesorado, no ignora la realidad, pero cuando dirigió su mensaje a los españoles el 3 de octubre de 2017, que ahora se le recuerda, consultó a un Gobierno que no era éste. El Rey servirá a España desde la Constitución y lo hará singularmente desde los artículos constitucionales que le afectan directamente. Sólo había que ver su gesto mientras Sánchez prometía servir a España y al Rey «por su conciencia y honor». ¿A dónde fue a buscarlos? ¿A Waterloo?

La conjura de los cínicos

«Debemos recordar que hay una desobediencia debida que prohíbe doblegarse ante una legalidad fraudulenta basada en la patente ilegitimidad que quiebra el Estado de derecho»

Fernando Savater (*El Subjetivo*)

Filósofo y escritor

Fvoco con nitidez la escena de una comedia americana de hace muchos años, cuyo nombre no recuerdo. El gran Walter Matthau está en la cama, gratamente acompañado por una rubia oronda y muy cariñosa. De pronto en la puerta del dormitorio aparece la esposa engañada, reprochándole a gritos su conducta infame. Él se incorpora con aire asombrado: «Pero... ¿qué pasa, cariño? ¿Por

qué estás tan nerviosa? ¿Una rubia? ¿Qué rubia? Yo no veo ninguna rubia... ¿No lo habrás soñado?». Entre tanto, la rubia en cuestión salta de la cama, recoge su ropa desperdigada, y se la va poniendo como puede mientras se apresura hacia la salida. La indignada esposa sigue alborotando y entre tanto su marido palmea el colchón como si buscara algo, diciendo: «¿Ves, cielo? Aquí no hay nadie».

Ese cinismo supremo que niega lo más evidente confía en que esa misma desmesura acabará por hacerlo asumible. La mujer de Matthau aceptará finalmente que ha soñado o por lo menos que no había rubia en la habitación y que su marido dormía castamente solo. La total desvergüenza cínica no es desde luego moralmente elogiabile pero si se lleva hasta el final puede dar resultado práctico. Por lo menos si se tienen las dotes histriónicas de Walter Matthau. Recordemos que «hipócrita» viene de la palabra griega para designar al actor. Ahora oímos decir que estamos gobernados por un mentiroso sin costuras, que suelta trolas cada vez más gordas sin alterarse ni parpadear.

Pero yo creo que la palabra adecuada para calificar a este enemigo de la verdad y la decencia (y por tanto del buen gobierno) es cínico. Según el diccionario de la RAE, cínico, dicho de una persona, significa que actúa con falsedad o desvergüenza descaradas. Bueno, pues ahí estamos con Pedro Sánchez. Pero distingamos que cínico no es igual a mentiroso, sino peor. El mentiroso quiere engañar, es decir colar algo falso por verdadero, como quien paga con un billete trucado haciendo creer que es de curso legal. Compromete su intercambio con el otro pero no niega el valor de lo verdadero, al contrario: su estafa consiste en fingir que eso es lo que ofrece. Aprecia tanto lo auténtico que lo imita para enriquecerse. El cínico ni siquiera pretende reconocer el valor de la verdad: engaña con tanto descaro que le da un poco lo mismo ser descubierto o no. Lo que quiere demostrar con su desparpajo es que a fin de



cuentas da igual lo auténtico que lo trucado. Desprecia la importancia de lo real porque sólo cuenta lo que le viene bien en ese momento. Ese menosprecio de la realidad como algo que podemos desvirtuar a nuestra conveniencia es el peor pecado del cínico, su atentado contra el espíritu racional humano.

El mentiroso hace que los demás vivan entre ilusiones y falsifica-

ciones pero creyendo que están en lo real; el cínico les convence de que «en este mundo traidor nada es verdad ni es mentira. Todo es según el color del cristal con que se mira», como poetizó don Ramón de Campoamor. Engañadas, las víctimas del mentiroso repiten las mentiras con las que han sido atrapadas creyendo que son verdad: dicen cosas falsas involuntariamente, estafan con buena fe, sin deseo de apartar al otro de la verdad que ambos aprecian. Los mentirosos difunden concienzudamente el error pero no tienen prosélitos sino víctimas. En cambio, los cínicos perverten casi hipnóticamente a quienes les escuchan, conquistan imitadores. Sus seguidores repiten lo que saben que es falso pero les beneficia, con la vil autosatisfacción de quien ha aprendido a ponerse por encima de un prejuicio común. Como preguntaba ufano Patxi López, cínico por imitación (él carece de talento ni siquiera para ser cínico por cuenta propia): «¿A ti que más te da?».

El cinismo es un virus contagioso, crea detrás del Cínico Mayor una recua de cínicos por adaptación al medio, cínicos colaterales y sobrevenidos pero a veces más entusiastas –en defensa de su provecho que saben innecesario– que el propio jefe. Es probable que los asnos cocean con más saña que los caballos, precisamente porque los imitan pero no lo son. Es el caso de todos los diputados socialistas, a una detrás del jefe gracias al cual esperan seguir cobrando su buen sueldo y disimulando su perfecta incompetencia y chocante falta de preparación.

En la República Dominicana, durante la inacabable presidencia de Balaguer, hubo un partido gubernamental llamado «Lo que diga Balaguer», del que por lo menos hay que celebrar su falta de hipocresía política. En España deberíamos borrar las innecesarias y mancilladas siglas del PSOE y sustituirlas por otras, LQDS, «Lo que diga Sánchez», que coinciden mucho más con el interesado aborregamiento de los electos del partido y la desinteresada mansedumbre de su piara de votantes. Lo de estos últimos, por cierto, es de traca: si se les pregunta por qué votan a Sánchez, dirán que es para que no llegue al gobierno la derecha, y si inquirimos qué temen de la derecha aseguran que recortaría sus derechos. ¡Y por eso votan a quien se alía con los que recortan drásticamente la soberanía de los ciudadanos, con el que establece una fiscalidad desigual según no ya territorios sino afinidades ideológicas, el que permite que gobiernen quienes impiden que se estudie en castellano en buena parte



del territorio nacional vulnerando los derechos de miles y miles de niños! Reconozco que esto ya no puede llamarse cinismo, es cretinismo puro y simple, un morbo, ay, mucho más extendido.

Ni liberalismo ni socialismo ni comunismo ni nacionalismo: vivimos en el reino del cinismo, que adopta la máscara de una u otra ideología según le convenga. ¿Estamos en una situación irremediable? Los que dicen que no hay más remedio que acatar lo legal y obedecer, porque hay líneas rojas que no se pueden traspasar, también son cínicos, aunque tal vez no lo sepan. Lo mismo que tanto se ha hablado de «la obediencia debida», invocada habitualmente para justificar alguna atrocidad, debemos ahora recordar que hay también una «desobediencia debida» que prohíbe doblegarse ante una legalidad fraudulenta basada en la patente ilegitimidad que quiebra el Estado de derecho. Ante la conspiración de los cínicos la osadía de la lealtad a lo constitucionalmente verdadero.

El juez de «Tsunami» eleva exposición razonada al Supremo contra Puigdemont, Rovira y otras diez personas

El juez de la Audiencia Nacional, Manuel García Castellón, que investiga a Tsunami Democràtic por su papel en los disturbios que siguieron a la sentencia del Supremo que condenó a los líderes del «procés» independentista catalán en el otoño de 2019 ha elevado una exposición razonada al Tribunal Supremo contra el expresidente catalán Carles Puigdemont, la secretaria general de ERC, Marta Rovira, y otras diez personas.

Así empezó el sanchismo

«El PSOE sufría ya una crisis letal de identidad que se había agudizado con Zapatero y que le llevó a confundir la izquierda con lo políticamente correcto»

Joaquín Leguina (*El Subjetivo*)

Tras los miserables acuerdos firmados por el sanchismo con ERC, Junts, PNV (de lo acordado con EH Bildu no se sabe nada aún) las plazas españolas se han llenado de protestas ante semejante bajada de pantalones. Mas conviene recordar dónde comenzó esta gran chapuza. Fue en Madrid, cuando Sánchez decretó manu militari la eliminación de todos los órganos madrileños del PSOE que fueron elegidos en su correspondiente congreso. Es decir, laminó de un plumazo la Ejecutiva, con su presidente y su secretario general al frente, el Comité Regional y todos los demás órganos de menor relieve. También dejó sin efecto el resultado del proceso de elección interna (primarias) en el cual se escogió al candidato a presidente de la Comunidad de Madrid (Tomás Gómez) y, para acabarlo de arreglar, el mando nombró una Comisión Gestora compuesta en su mayoría por quienes habían perdido el último congreso. Aquello fue una innovación, pero una innovación autoritaria. Un golpe de mano que dejó en un auténtico «estado de excepción» al PSOE madrileño.

Como argumento para tomar tan contundente decisión, el secretario de organización (un sanchista de pro llamado César Luena) se limitó a decir:

«La CEF del PSOE, en el ejercicio de sus competencias, ha decidido: suspender de actividad orgánica a los órganos de dirección y control regionales del PSM-PSOE».

¿Y cuáles fueron las razones para tan drástica decisión?

«[...] constatar el deterioro de la imagen del PSM-PSOE ante la ciudadanía y entender que el PSM-PSOE carece de la estabilidad orgánica necesaria para afrontar con garantías el próximo proceso electoral».



Pero Luena no dijo una sola palabra sobre qué artículos de los Estatutos habilitaban semejante degollina. Y si no se citaron los artículos fue porque no existían. En efecto, ni el artículo 19.2, que hablaba de «restaurar la normalidad», ni el 68.1, que señalaba una posible «situación conflictiva», ni el 69 («res-

tablecer la normalización de la vida interna»). Tampoco se podía nombrar así una Comisión Gestora, que, según el artículo 70.2, se ha de designar «de mutuo acuerdo entre la Ejecutiva Federal y la Ejecutiva regional». Y qué decir del maltratado artículo 6 de la Constitución, el cual exige a los partidos políticos que su estructura interna y su funcionamiento sean democráticos.

Tras tomar posesión –cerrajeros mediante– de la sede en la plaza de Callao, lo primero que hizo la gestora fue despedir a los trabajadores no adictos para luego abrir consultas para que las agrupaciones «sugirieran nombres» y que, una vez sugeridos, la Comisión Gestora «interpretara esas sugerencias» y designara candidato a la Presidencia de la Comunidad de Madrid. Otra innovación: la «democracia interpretativa».

En esas fechas era ya un clamor mediático que «en las alturas» tenían ya fichada a la «gran esperanza blanca» en la persona de Ángel Gabilondo, exministro, que también fue redentorista y profesor de Metafísica. Cualidades estas últimas muy apropiadas al caso, pues sin duda el PSOE necesitaba «redención» y algún milagro. Metafísico, claro. Porque sería un milagro que la solución a la decadencia que golpeaba ya al PSOE se superara mediante un golpe de mano.

Unos males profundos que ya entonces aplicaban una letal endogamia que ha llevado a la aberración de tener hoy al frente de los grandes partidos –y al frente de las instituciones– a una enorme cantidad de personas que no han cotizado jamás a la Seguridad Social fuera de sus cargos políticos.

El PSOE sufría ya una crisis letal de identidad que se había agudizado hasta el tuétano durante el mandato de Rodríguez Zapatero y que le llevó a confundir la izquierda con lo políticamente correcto. Un pensamiento blando trufado de feminismo corporativo y de ecologismo irredento.

Una declaración de guerra a media España

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

Funeral en La Zarzuela. Misa de corpore in sepulto por la democracia española, fallecida prematuramente el jueves 16 de noviembre de 2023, víctima de un atropello autoritario cometido por un aventurero sin escrúpulos y su banda de malhechores asociada. Pedro Sánchez prometía «por mi conciencia y honor», dos cualidades de las que carece, cumplir con las obligaciones (...) y «guardar y hacer guardar» una Constitución que 24 horas antes había vendido a sus enemigos. La cara del Monarca, su gesto hierático, lo decía todo. Democracia atropellada, sí, pero también muerta «tras larga y penosa enfermedad» como reza la frase presente en tantas esquelas. En coma desde junio de 2018, aunque los síntomas ya eran alarmantes mu-

cho antes, quizá desde la crisis financiera de 2008, con esa piedra miliar que fue la abdicación de Juan Carlos I en junio de 2014. Se crea o no en las conspiraciones, el rumbo de la nave varió drásticamente un 11 de marzo de 2004. Muchos lo intuyeron, pero casi nadie llegó a calibrar la importancia de aquel drástico, sangriento giro a babor. Aquella Constitución que idealizamos tanto lle-



vaba en su seno el huevo de la serpiente. Lo vio venir con la clarividencia que dan los años José María Gil Robles en 1978. Además de no garantizar la libertad de enseñanza, la nueva norma fundamental tenía para el viejo líder de la CEDA dos grandes riesgos: el reconocimiento de las nacionalidades («eso puede traer como consecuencia una serie de pretensiones de tipo secesionista»), y «unos mecanismos de relación entre los poderes del Estado que acabarán porque no exista en España una democracia, sino una partidocracia, es decir, el triunfo de los partidos políticos y de la minoría que los mangonea sobre una mayoría de diputados sumisos y transigentes, y de una opinión pública marginada». ¡Bingo!

Entre la sangre de los trenes de Atocha («Los españoles se merecen un Gobierno que no les mienta»), el huevo de la serpiente parió un presidente que difícilmente hubiera llegado a jefe de negociado en un país serio. Mala persona, cínico consumado, uno de sus abuelos había sido fusilado en la Guerra Civil. Por los «nacionales», se entiende. De los otros tres nunca nada se supo. Ahí empezó a romperse el gran pacto de reconciliación suscrito por «rojos» y «azules» tras la muerte del dictador, plasmado en la Constitución del 78. Todo pudo arreglarse con la mayoría absoluta lograda por el PP en noviembre de 2011, pero el maldito huevo de la serpiente, la maquinaria totalitaria de unos partidos reñidos con la democracia interna, el dedazo de Aznar, puso aquella gloriosa oportunidad en manos de un burócrata sin ideología, un tipo muy menor, un estafermo apellidado Rajoy. Nada sería comparable, sin embargo, con la aparición en escena de un buscavidas sediento de poder que, tras ser expulsado de la secretaría general del PSOE, lograría volver y tomar Ferraz al asalto para, desde allí, hacerse con la presidencia del Gobierno en junio de 2018. Las heces de esa partitocracia tantas veces denunciada han terminado por enterrar la democracia española.

Asistimos hoy al espectáculo de un país a la deriva manejado por un golfo a quien asiste una partida de delincuentes. España ha dejado de ser un Estado de Derecho. La amnistía convierte en papel mojado el texto constitucional. La jornada del miércoles 15 en el Congreso de los Diputados será recordada como una de las más ignominiosas, si no la que más, en casi 50 años de democracia. El día de la infamia. Durante cerca de dos horas, en la tribuna se explaya un tipo que disfruta tergiversando ideas, conceptos, valores. Se ve que se divierte, se jacta, fanfarronea. En cualquier sesión de investidura, en cualquier país civilizado del mundo, el nuevo presidente tiende la



mano al candidato perdedor y promete gobernar para toda la ciudadanía. Ni una sola palabra aquí para la convivencia y la concordia. Sin problemas de conciencia, Sánchez apuesta por la fractura social y el enfrentamiento civil. Se trata de hacer imposible la coexistencia de los contrarios. Y en el éxtasis de su contoneo, el tipo fuerza la carcajada en una escena que debe haber ensayado un millón

de veces ante el espejo, en un claro intento por desprestigiar al líder de la oposición. Y todo suena a huero, a falso, a impostado.

Pero, sesión de tarde, todo cambia cuando Rufián se sube a la tribuna. Y el «macarra» (diccionario de uso del español de doña María Moliner) de ERC le humilla al recordarle lo que todos sabemos: que no será sino un presidente títere, una marioneta en manos de sus socios separatistas. Y ahí se acaban las risas. Humilde, rendido, acollonado, escucha a Rufián. Y la cosa empeora cuando llega el turno de la portavoz de Junts, Míriam Nogueras. El vendedor de peines ha tratado de envolverla en lisonjas: «ampliar las fronteras de nuestra democracia», «asegurar el progreso y la estabilidad de Cataluña», «abrir una nueva esperanza», pero cuando la chica sube al estrado y lee los puntos del acuerdo suscrito por PSOE y su partido, y le recuerda que te puedes meter por donde te quepa tu «perdón» y tu «tiempo de esperanza» porque esto va de otra cosa, esto va de que «som una nació y Visca Catalunya Lliure», se esfuma definitivamente la risita histérica del satrapilla, ahí se hace pis entero nuestro caudillito wapo, ahí se muestra tal cual es: un simple rehén, la cara afilada del cadáver sin maquillar, el gesto simplón del tonto de pueblo, del malvado sorprendido robando

peras, aniquilado por la contundente realidad del vasallaje al que se ha sometido ante los enemigos de la nación de ciudadanos libres e iguales. El pánico en las filas socialistas es tal que el Clemenza de Don Corleone deja raudo su escaño y sale corriendo a entrevistarse con Noguerras, no vaya a ser que, que no, que sí, que Pedro cumplirá, que Pedro se bajará los pantalones hasta los zancajos. Hasta donde haga falta.

Será un presidente en libertad vigilada. Un tipo a quien sus socios pondrán contra la pared cuando les convenga. En realidad, el nuevo presidente del Gobierno de España se llama Carles Puigdemont. Hasta ahí llega la ruina de este antaño gran país que creímos orgullosamente independiente. La amnistía no aplacará ninguna tensión, no suavizará ninguna querrela, no servirá de nada. Antes al contrario, acelerará el rumbo de colisión que las dos Españas llevan hacia el enfrentamiento civil. De nada sirvió la amnistía que la II República concedió en febrero de 1936. «Siendo inequívoca la significación del resultado de las elecciones a Diputados a Cortes (...) y tratándose de una medida de pacificación conveniente al bien público y a la tranquilidad de la vida nacional, en que están interesados por igual todos los sectores políticos, el Gobierno somete a la aprobación de la Diputación permanente de las Cortes el siguiente DECRETO-LEY Artículo único. Se concede amnistía a los penados y encausados por delitos políticos y sociales. Se incluye en esta amnistía a los Concejales de los Ayuntamientos del País Vasco condenados por sentencia firme. El Gobierno dará cuenta a las Cortes del uso de la presente autorización. Madrid, 21 de



Febrero de 1936. El Presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña Díaz».

Con la diferencia de que esa amnistía sí figuraba en el programa electoral del Frente Popular, ganador de las elecciones del 16 de febrero del mismo año, a diferencia de este PSOE, cuyos dirigentes la negaron reiteradamente antes del 23 de julio. Aquel intento de apaciguar a

quienes dos años antes habían protagonizado la revolución de Asturias a las órdenes de Largo Caballero, ese siniestro personaje a quien tanto admira nuestro bandarra, sólo sirvió para acelerar el deterioro de convivencia en España. Cinco meses después de aquella amnistía, España se veía abocada a una sangrienta contienda Civil. Tampoco ahora aplacará las ansias de un separatismo para quien toda concesión no es sino prueba de debilidad. Detrás de la amnistía vendrá el referéndum de autodeterminación. El canalla tratará de disfrazarlo con palabras y aspavientos, pero volverá a bajarse las calzas hasta donde sea menester. Su margen de maniobra es nulo. «Sánchez se ha quedado sin opciones parlamentarias para hacer la puta y la Ramoneta», podía leerse este viernes en un digital separatista. «Ya no tiene ninguna mayoría alternativa a la que cogerse para hacer uno de sus famosos volantines. Necesita en todo momento, para cualquier votación, a los partidos que le han apoyado en la investidura. Dependerá para todo de sus socios catalanes. Los 7 votos de Junts son definitivos para su supervivencia».

Tiempo de ignominia. Comprar el apoyo de unos delincuentes a cambio de borrar sus delitos a cuenta de la «obsesión fisiológica» de un tipo por el poder, es un acto de corrupción política monumental que no avanza ningún futuro en paz para Cataluña y el resto de España, y que, además de aniquilar el Estado de Derecho, destroza la

convivencia y siembra la semilla del enfrentamiento civil. Ya se está viendo. El desgarramiento cívico, incluso familiar, que el «procés» causó en Cataluña se ha extendido al resto de España. Hoy ya es imposible argumentar en contra de la amnistía con ese amigo, ese vecino, ese familiar que ha decidido encerrarse en el «muro» argumental socialista según el cual todo lo que haga Pedro va a misa. Fidelidad de siervo para asumir sus caprichos y felicidad de perro para celebrar sus «éxitos». Acriticismo y rechazo absoluto al racionalismo discursivo propio de las sociedades deliberativas (Habermas) modernas. «La defensa de la amnistía ha envilecido a muchas personas cultas, gentes que han perdido su dignidad intelectual y esconden la cabeza, como el avestruz, cuando se les muestra la infame hemeroteca previa», escribía ayer Juan Manuel Jiménez.

Sánchez ha hecho una renuncia expresa a la concordia y una apuesta clara por el frentismo. Obligado a rendir cuentas ante sus socios separatistas, el granuja volcará su resentimiento contra la España que no le vota y le discute su presidencia como ilegítima. Tiempos de vergüenza, con España inmersa en un proceso negociador sin precedentes, impulsado desde fuera del Estado y sometido al ya famoso «mecanismo internacional de verificación». A merced de un mediador foráneo. Y tiempos muy duros, camino de esa República Bolivariana a la que nos conduce el socialcomunismo. Pérdida de libertades en lo político y aumento de la pobreza en lo económico. Presión insoportable sobre la empresa privada, aumento de las regulaciones, subida generalizada de impuestos y puesta en fuga de la inversión extranjera, lejos España del imperio de la ley. Toda una invitación para que las generaciones jóvenes mejor preparadas busquen su futuro en el exterior. El PSOE de Sánchez ha declarado la guerra a media España. Vienen con todo y a por todo. ¿Bajará los brazos, consumida por el desánimo, la nación de ciudadanos libres e iguales? Vale la interpelación de Gil Robles a Azaña en sesión parlamentaria del 15 de abril de 1936: «Desengañaos, señores diputados, una masa considerable de la opinión pública española que es, por lo menos, la mitad de la nación, no se resigna implacablemente a morir». Tampoco ahora lo hará, como ayer mismo puso en evidencia la multitud que se manifestó en Cibeles. Toca resistir. Resistiremos.

Miles de personas acuden a la manifestación contra la amnistía

Más de un centenar de escritores e intelectuales de diversas disciplinas han hecho público un manifiesto contra la amnistía y en pro del respeto a la Constitución y la separación de poderes base de la Democracia, que consideran agredidos y en grave peligro

El Debate

Los abajo firmantes, representantes activos de la cultura, escritores e intelectuales de las más diversas disciplinas, queremos manifestar ante la opinión pública nuestra más profunda preocupación por la inquietante deriva política que ha acompañado la designación de la presidencia de Gobierno en nuestro país tras las últimas elecciones de julio de 2023.

Nos preocupan las consecuencias que se puedan originar del pacto entre el ya Presidente del Gobierno y las fuerzas políticas independentistas de España: el aumento de tensión entre territorios y sectores de la población, el injusto desequilibrio fiscal

entre comunidades que se está proponiendo y la pérdida de igualdad entre españoles. En concreto, nos preocupa la politización de la justicia y la quiebra de la separación de poderes, pieza fundamental en el mantenimiento de un Estado de Derecho.

Nuestra reflexión, suma de diferentes sensibilidades ideológicas y sin que ninguno tengamos actividad directa en política, es la siguiente. La soberanía en democracia se asienta en un principio inviolable: reside en el pueblo. Por tanto, todo acuerdo o plan adoptado por la clase política que no haya sido mencionado en un programa de Gobierno, o expresado de forma pública antes de las urnas, no puede ser defendido después como democrático, cuando no ha tenido el refrendo del pueblo, único depositario de la soberanía.

Y más indefendible resulta cuando el acuerdo que no ha pasado por las urnas es de una gravedad evidente para cualquiera con un poco de sentido crítico. La ley de amnistía no estaba en los programas de Gobierno de quienes se presentaron a las elecciones y, además, fue rechazada por los miembros del Gobierno en funciones con promesas de que nunca se aceptaría porque no entraba en el marco de la constitución.



Nuestra propuesta es muy clara. Cualquier iniciativa política que altere el consenso constitucional bajo el que hemos vivido en paz y libertad durante las últimas décadas debe ser refrendada por las urnas en unas elecciones generales y, llegado el caso, en un referéndum, únicas vías para que se exprese la voluntad del pueblo.

Como ciudadanos, nos sentimos muy preocupados ante el peligroso deterioro de los valores que esperamos en nuestros políticos: lealtad a unos principios, honestidad, proporcionalidad y equilibrio, promoción de la justicia, independencia judicial, respeto por quien no piensa igual y, sobre todo, no faltar a la verdad.

Los abajo firmantes, al igual que millones de españoles, deseamos caminar por una senda de paz, libertad y estabilidad social y política; y es competencia de quienes pretenden gobernar que se logre este propósito y se garanticen los mismos derechos para todos.

Firmantes:

Fernando Alonso Barahona, escritor; José Luis Alonso de Santos, dramaturgo; Francisco Javier Alonso Lorenzo, escritor; José María Álvarez, poeta; María Teresa Álvarez García, historiadora y escritora; Ángel Aponte Marín, historiador y escritor; Rebeca Argudo, escritora y periodista; Inocencio Arias, escritor; León Arsenal, escritor; Almudena de Arteaga, escritora; Daniel Arveras, escritor; Sandra Aza, escritora; Enrique Baquedano, arqueólogo y escritor; César Benítez Martínez, guionista y productor; Fernando Benzo, escritor; Domingo Buesa, historiador y escritor; Pío Cabanillas Alonso, ensayista y fotógrafo; José Calvo Poyato, escritor e historiador; Rafaela Cano, escritora; Edgar Capriotti, escritor; Carmen Casal, escritora y periodista; Santiago Castellanos, historiador y escritor; César Cervera, escritor y periodista; Elizabeth Cruz-Conde, traductora y profesora; Carlos Cuesta, ensayista; Santiago Díaz Cortés, escritor; Jorge Díaz Cortés, escritor y cineasta; Mari Pau Domínguez, escritora; Juan Eslava Galán, escritor; José Javier Esparza, escritor y periodista; Ángel Expósito, ensayista y periodista; Jesús Fernández de Úbeda, periodista y escritor; José Alfonso

Fernández Martínez, escritor; Augusto Ferrer Dalmau, pintor; Eric Frattini, escritor y periodista; María José Fuente Álamo, escritora y periodista; Luz Gabás, escritora; Raúl Gabás Pallás, filósofo y escritor; Alfonso García, escritor; Antonio Garrido, escritor; Miquel Giménez, periodista y escritor; Mireia Giménez Higón, escritora; Gonzalo Giner, escritor y veterinario; César Girón López, abogado y escritor; David Gómez, escritor; Gregorio Gómez Pina, escritor; Ana Jessen, restauradora de libros; Carmelo Jordá, ensayista y periodista; Emilio Lara, escritor e historiador; Magdalena Lasala, escritora; Concha López Piquer, periodista; Obdulio López, escritor; Ángeles López de Celis, escritora; Marcos López Herrador, escritor; Cristina López Schlichting, escritora y periodista;

Pedro López-Arriba, bibliotecario y ensayista; Juan Ramón Lucas, periodista y escritor; Olga Luján, escritora; Jesús Maeso, escritor; Arturo Martín, escritor; Verónica Martínez Amat, escritora; Fernando Martínez Laínez, escritor; Luis Medina del Palacio, escritor; María Nieves Michavila, escritora; Jorge Molist, escritor; Luis Monje Arenas, fotógrafo científico y profesor; Carla Montero, escritora; Francisco Narla, escritor; Javier Negrete, escritor; José María Nieto, viñetista; Lola P. Nieva, escritora; Pedro Pujante, escritor y profesor; Paloma Orozco, escritora; José Luis Ortín, escritor; María Oruña Reinoso, escritora; Joaquín del Palacio, publicista y escritor; José Palomares Expósito, escritor y profesor; Francisco Javier Pavón Arenas, escritor; César Pérez Gellida, escritor; Antonio Pérez Henares, escritor y periodista; Begoña Pro, escritora; José Manuel Puebla Ros, viñetista; María Pilar Queralt, escritora; Luis Rabaneda, ensayista y bibliotecario; Javier Rubio Donzé, ensayista; Miguel Ángel de Rus, escritor; José Manuel Sala, escritor; Isabel San Sebastián, escritora y periodista; Silvia Sanfederico Roca, escritora; Pedro Santamaría, escritor; Javier Santamarta del Pozo, escritor; Fernando Savater, filósofo y escritor; Amanda Seibiel, escritora; María José Solano, escritora y periodista; Ana Cristina Tolivar Alas, escritora; Luis del Val, escritor y periodista; Begoña Valero, escritora; Ignacio del Valle, escritor; Álber Vázquez, escritor; Miguel Vega Blázquez, escritor y profesor; Roberto Verino, diseñador; María Vila, escritora; Jorge Vilches, escritor y periodista; Ramón Villa, ensayista; Mario Villén Lucena, escritor; Luis Zueco, escritor... y otros muchos que seguro no han sido consultados, en cuyo nombre me agrego yo, Emilio Álvarez Frías, escritor aficionado.



No es una dictadura, estúpidos

No es una dictadura lo que sufrimos. Es la democracia, que también puede ser totalitaria.

Juan Manuel de Prada (ABC)

Se lo hemos escuchado a los lidereses y lideresas más bragados de la derecha, sacando pecho. Pero también sacaba pecho aquel valentón cervantino que calaba el chapeo, miraba de soslayo y requería la espada. Sorprende, en primer lugar, que, para denunciar los manejos del partido de Estado en conjunción con «indepes» y otras finas hierbas, se invoque la «dictadura», que en el subconsciente popular –después de casi medio siglo de machaque sistémico y sistemático– se asocia indefectiblemente a la franquista, presentada además por la izquierda

como fuente nutricia de la derecha española, para acoquinarla y traumatizarla. ¿De veras, para caracterizar la forma política que esta investidura proclama orgullosa, hace falta recurrir a la «dictadura»? ¿O más bien se trata de una distorsión cognitiva y un acto fallido freudiano?

De una forma muy elemental (pero rigurosamente cierta) se lo explicó Yolandísima a la derecha desde la tribuna parlamentaria: «En una dictadura los opositores estarían en la cárcel, no sentados en el Congreso. Y no estarían recibiendo financiación pública, como la reciben ustedes». En efecto, así es. Y si los partidos de la oposición están sentados en el Congreso y recibiendo una opípara financiación pública es porque nos hallamos en una democracia como la copa de un pino; aunque, desde luego, sea un pino con procesionaria. He aquí lo que deberían denunciar esos políticos de la derecha tan aguerridos, si no fuera porque las premisas de su pensamiento (perdón por la hipérbole) son las mismas que convienen a la izquierda.

En su célebre clasificación de las formas de gobierno, Aristóteles no nos dice que la democracia sea buena y la dictadura mala; nos dice que todas las formas de gobierno pueden ser buenas o malas según



cuál sea su objeto. El objeto de un gobierno sano es la consecución del bien común; y el objeto de un gobierno perverso es la consecución de intereses particulares, que es lo que pretende el doctor Sánchez concediendo la amnistía a los «indepes». A esta perversión se suma otra que nuestra derecha aguerrida tampoco tiene arrestos de señalar. Afirmaba Ortega que «la democracia exasperada y fuera de sí es el más peligroso morbo que puede padecer una sociedad». Y esto ocurre cuando la democracia deja de ser «forma de gobierno» que asegura la participación del pueblo en las instituciones, para transformarse en «fundamento de gobierno» o sucedáneo religioso donde se asume que la aritmética de las mayorías parlamentarias establece lo que es justo y lo que es injusto, mediante leyes sin discernimiento moral alguno que lo mismo apiolan niños en el vientre materno que amnistían delincuentes. Como señalaba Malraux, esta voluntad de regular sin discernimiento moral es lo que caracteriza al totalitarismo. Porque la democracia también puede ser totalitaria.

Súmese a ello que las mayorías parlamentarias que determinan a su gusto lo que es justo y lo que es injusto están usurpando la representación política y haciendo con los votos que reciben lo que les sale de la pepitilla, como acaba de hacer el doctor Sánchez con los votos de sus adeptos, a quienes prometió hasta el aburrimiento que no habría amnistía. Así se llega a esa estación última de la democracia que describe grandiosamente Tocqueville:

Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo, para llegar al alma, golpeaba vigorosamente el cuerpo; y el alma, escapando a sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él. Pero en las repúblicas democráticas la tiranía deja el cuerpo y va derecha al alma. El amo ya no dice: «Pensad como yo o moriréis», sino: «Sois libres de no pensar como yo. Vuestra vida, vuestros bienes, todo lo conservaréis, pero a partir de ese día seréis un extraño entre nosotros. [...] Os dejo la vida, pero la que os dejo es peor que la muerte».

Esto es lo que la derecha aguerrida debería denunciar, si sus castraduras mentales se lo permitieran. Pero, claro, la derecha piensa que la democracia siempre es



buena, siempre es santa, siempre es relimpia y no le huelen los sobacos; piensa –como el bobalicón de Maritain– que «con la democracia la Humanidad ha iniciado el único camino auténtico». ¡Pobres lidereses y lideresas derechosos! Si en verdad deseáis algo más que seguir aparcados como muebles en el Congreso mientras vuestros partidos reciben una opípara financiación pública, tened el coraje

de denunciar estas perversiones democráticas. Y, si no tenéis valor, dejad de martillearnos con vuestras aspaventeras distorsiones cognitivas y callad para siempre, que la mamandurria ya os la asegura el democrátísimo doctor Sánchez.

Un pueblo, antaño indomable, que trata de resurgir

José Antonio Ruiz de la Hermosa (*Adelante España*)

Sanitario y Capitán retirado de Sanidad Militar. Historiador, escritor y divulgador

Durante muchos años España ha sido siempre catalogada por los que han tenido contacto con la Nación y con sus nacionales como un país que era de fiar y una población que sonreía y ayudaba. Yo mismo durante más de treinta años he servido a esa España en los lugares más conflictivos del Orbe y en ellos he visto como mis compatriotas se convertían en los representantes del buen hacer y sobre todo de la ayuda moral y de valores a quienes se encontraban en la problemática más difícil. Ahora vivo en unos momentos de tribulación y creo que no es casualidad.

La «Historia» nos demuestra que los españoles hemos sido siempre diferentes en el trato con los demás y su actuación en el mundo ha sido acorde con esa diferencia.



Los pueblos anglosajones y, en general, los de los países que dan a los fríos mares del norte europeo, han sido siempre depredadores de los demás. Los vikingos, los suecos o los holandeses, junto con los británicos, se han caracterizado siempre por tejer imperios que basaban su acción en la depreciación a los bienes y personas de los lugares que decían colonizar y, ciertamente,

colonizaban en la peor acepción de la palabra.

Nunca España y los españoles se han dedicado a la trata de esclavos, salvo en pleno ya siglo XIX y en el caribe. Y no todos los españoles, pues si tiramos de la lista y nómina de negreros en Cuba e islas adjuntas, encontraremos que la procedencia de los citados esclavistas es siempre la misma, la de los que ahora. Y a falta de esclavos de otros lares, quieren esclavizar a sus propios congéneres que habitan en la misma piel de toro que ellos, pero esclavizar sin cadenas, pero sí reduciéndoles a esclavos

económicos o sociales, expoliando, cual colonizador británico, hasta el último valor físico o moral que esté a la vista.

España fue en varias ocasiones ejemplo de hacer democrático. Veamos declaraciones de políticos de todo el mundo en los años setenta a los noventa del siglo pasado, pero no era verdad. Se utilizó a España como laboratorio de ideas, de maquinaria de destrucción y sometimiento a medio plazo, es decir a cincuenta años vista por aquellos que aplaudían, pero engrasaban los bolsillos de quien decía representar esa labor democrática y de libertad. Algo que solo se creyeron los españolitos de a pie, mientras los políticos, esos individuos que son capaces de robar a un niño su caramelo mientras le sonrían, nos vendían las ventajas de un sistema autodestructivo.

Recordemos aquel viaje de Kissinger a Madrid, en el que no obtuvo una buena impresión del entonces Presidente del Consejo de Ministros, señor Carrero, y que significó que un grupo terrorista, teóricamente fundado y financiado por la Unión Soviética, enviase a ese hombre camino del cielo a la mañana siguiente, a cien metros en línea recta de la embajada norteamericana, mientras el Secretario de Estado visitaba París, por lo que le dio tiempo a volver a las exequias de quien se había opuesto a sus tejemanejes para el futuro de España.

Nunca debe olvidársenos, que unos días antes de la muerte oficial de Franco, su sucesor viajó al Sáhara y allí prometió defender a los ciudadanos españoles, de origen peninsular o de origen sahariano, de la injerencia extranjera. Por si no lo saben, los



nacidos en el Sáhara Español eran españoles de nacionalidad y tenían un DNI igual que el mío, pero que desde 1975 nunca les ha sido renovado. Pues unos días después, el gobierno español y su flamante Jefe de Estado decidieron retirarse del Sáhara, y de donde hiciera falta.

Dirían que, ¿a qué viene esto? Pues, a que muchos años después, los desgobiernos de España y los aspirantes a mandar en

ella, han prometido por activa y por pasiva, muchas cosas sobre la territorialidad de las diversas regiones y provincias de nuestra Patria. Kissinger sigue vivo, más de 100 años tiene ya, y sus últimas declaraciones sobre España, sobre Europa y sobre la población mundial y la necesaria reducción de la misma, pasan precisamente por la disgregación de los Países y Naciones en otros más pequeños, y más fáciles de manejar por las élites mundiales.

España, país que fue aglutinador del sesenta por ciento de la tierra y sus hombres es reo de eso, precisamente, de lo que comentábamos al principio. Es decir, de tener valores y de tener ideas y sobre todo fe cristiana. Algo que no nos perdonarán jamás ni los sionistas, ni los anglosajones y que es el porqué del trasfondo de nuestra persecución, caída y destrucción. Y ahí es donde incide la política de los lobbies internacionales. En la conversión en los hombres de la novela de 1984, de aquellos españoles que les podían hacer frente.

¿Lo han conseguido? Pues casi. Casi lo consiguieron en la Primera y Segunda República. Y no hay dos sin tres. Y a los hechos sucedidos por 350 representantes de Dios sabe quién en la casa de la democracia, habrá que pensar en hacer algo con ellos y su casa, pues en la calle Ferraz, las calles de Madrid, y de muchos otros sitios, ya hemos visto como un pueblo antaño indomable trata de resurgir. Y ahí lo dejo...